

ridad, como crédito, peso, mérito o consideración de las personas que contribuyen a ejercerla o representarla, la anarquía es segura, esperada y lógica, y nadie tiene que admirarse ni lamentarse de ella, sino defenderse con los medios personales más eficaces y directos. Es el fin de un estado y de una democracia.

En los últimos tiempos la vacancia dejada por la autoridad era de tal manera sensible, que se sorprendió a numerosos jefes del ejército tramando en ocupar el sitio dejado.

El depósito precioso de la autoridad, que fué lo que dió base al nacimiento de esta República de Chile, lo han tenido sucesivamente diversas individualidades o colectividades: las juntas de los partidos que formaron un tiempo una especie de Consejo de Regencia; algunos tramoyistas de bambalinas adentro, que sabían bien la impunidad de que gozarían por conocer bien a su público; la federación general obrera introduciéndose en la política y abandonando el terreno económico en que permanece en todas partes; el comité alessandrista, cuando, por medio de la liga contra el cohecho, de los paros sucesivos y de las amenazas de quebrarnos los vidrios de las casas, logró que numerosos electores no pudieran ni acercarse a las urnas; el director de los ferrocarriles, cuando, a pesar de los fracasos—de que era culpable o no, poco importa—se mostraba impotente para impedir que chocaran los convoyes electorales de determinado partido, y para salvarse se dejó convertir en fantoche de guignol con consejos, controles nuevos y nuevos empleados; y hasta un sello falsificado y ambulante de la Alta Cámara ha servido de enseña de autoridad en esta tierra donde hubo presidentes y ministros de tal respeto, señorío y prestigio moral, que todavía se les nombra con el sombrero en la mano.

Era natural que así, y en este estado de cosas, la amenaza pasara a ser una fuerza social.

Se ha llegado, pues, a ejercer la peor y más detestable de las democracias, la que señala Taine en su cuarto volumen de los "Orígenes de la Francia contemporánea", la que movió a Renan para declarar a los jefes de la revolución francesa "los hombres más ignorantes y limitados".

Porque, como siempre lo decimos, el mundo se repite a cada instante. Los castrados de claridad y fuerza mental seguirán toda la vida a los oradores sentimentales de comedia, a los ambiciosos que no van tras de doctrinas sino de influencias.

El historiador francés nos presenta así su cuadro del jacobinismo: gobernantes reclutados en la clase culta y cortés, que se han dejado ganar por todos los prejuicios del día; que, creyendo demasiado en los derechos del hombre, creen demasiado poco en los derechos del magistrado; que, por desconfianza en la autoridad, ellos mismos han enervado el mando; que de alto abajo en la jerarquía, el superior ha perdido su ascendiente y el elegido es siryente del elector y nadie puede vigilar, ni hacer cumplir la ley, salvo que la ley consista en hacer su voluntad y en tener sólo derechos y ningún deber. Y esto se convierte en partido—nos agrega—y bajo sus clamores son siempre las mayorías las que se callan y se entregan, y las minorías las que votan y decretan.

La autoridad blanda y humana es la autoridad justa. Cuando se siente su mano, es cuando la ha tenido antes atada, cuando trata de reprimir, de recuperar lo perdido, de demostrar que existe porque ya se duda de que no exista. No hay mayor y más dulce libertad que aquella que se desarrolla bajo el amparo de todos los derechos.

Y esta reflexión es esencialmente útil para que la mediten los jefes de la revuelta contra la autoridad, los que han venido usando de la amenaza como arma de predominio, los que han prometido más de lo que deben, los que han inquietado a los obreros retirándolos de sus organizaciones económicas para uncirlos como obedientes bueyes al yugo del carro que cargan sus ambiciones de lucro y de poder.

Porque—como dice el mismo Taine— "tienen que poner de acuerdo sus actos próximos con sus palabras recientes; porque las palabras que han pronunciado condenan de antemano los actos que meditan; porque ayer exageraban los derechos de los gobernados hasta suprimir todos los de los gobernantes y mañana tendrán que exagerar los del gobierno hasta amagar los de los gobernados".

Así el pueblo soberano pasa a ser esclavo; o bien se nos da como régimen la anarquía permanente; y entonces ellos serán los primeros en probarla, en sufrirla, en caer bajo su guadaña.

La autoridad debe existir, porque si no la ejercen los que la tienen por derecho; la tomará otro cualquiera, federación, soviet o gobierno, esclavo de sus falsas promesas.

Si la lógica y la consecuencia son indispensables en los individuos; constituyen la vida de las naciones. Chile ha surgido, se ha desarrollado y ha sido respetado por la autoridad.

Cuando Bolívar no veía otro germen republicano de verdad que el sembrado en Chile, había descubierto nuestra vocación por el orden y las libertades bajo

una autoridad tan firme como paternal.

¿Qué valor de nación soberana pequeña tendríamos para Inglaterra y Estados Unidos, y para las naciones que se aprestan a amarrar sus litorales y los nuestros, con líneas de navegación, si no pudiéramos solucionar los incesantes paros del trabajo en los puertos del carbón y del salitre?

¿Qué interés presentaríamos como amigos y aliados a la Argentina y Brasil, si un bacterio de descomposición interna comenzara a minar la unidad nacional, razón de nuestro prestigio de fuerza?

¿Qué temor o respeto inspiraríamos a los países fronterizos, enemigos de ayer, si presentamos la caducidad de la cabeza directiva, la anemia de la voluntad nacional, la paralización cardíaca de este vasto territorio?

Barrés nos acaba de decir que las verdades políticas no salen de la razón, sino que están incorporadas en la naturaleza, y, por consiguiente, más o menos atestiguadas por la historia.

El trabajo patriótico sería entonces no inventar, sino descifrar, desentrañar humildemente la historia del pasado.

El hombre de Estado, como el guía del desierto que se echa en tierra para escuchar los rumores lejanos, debe auscultar el corazón del pueblo al través de los años vividos y por vivir.

¿Este país estará hecho para el orden o para la anarquía?

"Las cosas humanas se conservan por fidelidad a los principios que las crearon. Res eodem modo conservantur quo generantur."

Tendrían que llegar al país cien mil turcos, armenios, sirios, judíos del sur de Europa y rusos—más de los que ya han llegado—para que nosotros perdiéramos esta tradición.

J. Díaz Garcés.

## LA FALTA DE AUTORIDAD

Las actuales elecciones presidenciales han señalado en Chile el más lejano límite donde puede llegarse en el desgobierno de un país.

No nos referiremos a falta de voluntad permanente, de principios fijos, en el jefe de la nación; sino a un conjunto de hechos erigidos en sistema y casi en partido: a los gabinetes designados por asambleas, centros y juntas, a menudo juveniles y siempre ciegas e irresponsables; a la consecuencia natural del hecho, que es la aparición de personajes destituidos de capacidad e ilustración, de condiciones morales y de energía, aptos para aplicarse a este rodaje demolidor del gobierno y depresivo de la dignidad personal; y al imperio de la bolsa y de los negocios, tan directamente unidos al manejo del país y vehículos del pánico, de la amenaza, del desconcierto.

Cuando al debilitamiento de la autoridad gubernativa, se agrega la disminución de la autoridad personal, se comprende que venga una súbita paralización en el nervio motor o en el centro directivo de un país. Porque si desaparece la autoridad como función, potestad, facultad u obligación constitucional, y también desaparece o tiende a rebajarse incesantemente la auto-